

En otro poema de similar factura la poetisa cuestiona con punzante nitidez uno de los fenómenos más desconcertantes de la naturaleza, la locura. Y es en ese fenómeno, el de la locura, donde más escalofriantemente se plantea la esencia del ser. La pregunta inicial del poema sobrecoge por su terrible sugerencia.

*Amigos, ved el loco.
¿Acaso, amigos, no lleva en su frente
potencias contenidas de los otros
que evaporadas yerran en caos negro?*

Toda la realidad que observa la poeta está siempre traspasada por un increíble halo de extrañeza, de irrealidad, de sensación de vértigo y de vacío.

En *Eterna vela*², el ser humano aparece extrañado entre su pasado ancestral y un futuro tan misterioso como ese pasado. La temática que se inicia con *El buscador* se enriquece con una mayor maestría técnica (particularmente por la audacia de las imágenes) y con una percepción mucho más compleja en sugerencias y niveles interpretativos.

La realidad palpada, penetrada y trascendida por el microscopio de la sensibilidad de la poeta madrileña se torna en una suerte de «tras-realidad» misteriosa y vibrante. En este libro toda contemplación siempre está en función del pensamiento penetrador que constantemente se pregunta a sí mismo—se autoexamina—el porqué de su latir, de su ansia, de su percepción, de su entorno, de su, en suma, existencia. Hay instantes en que la percepción de la nada es realmente escalofriante:

*¿No habéis sentido, amigos,
un vacío impenetrable,
un vegetar ausente
en la carne dormida?*

(*Eterna vela*, pág. 31.)

Y la locura, ese fenómeno de la naturaleza que para Elena Andrés parece ser un reflejo inquietador de la nada, se transmite a veces a través de un paisaje realmente alucinante:

*Enigmas y susurros en las matas que ríen
con sus colmillos verdes de sátiros calizos.*

(*Eterna vela*, pág. 24.)

² *Eterna vela*. Ediciones Rialp, S. A.; Madrid, 1961.

La expresión en este poemario es más audaz y más lograda. La poetisa tiene un especial talento para la expresividad sorprendente, original. He aquí unos breves ejemplos:

*Un torso milenario
de molusco y misterio
calcinado sostengo.*

(*Eterna vela*, pág. 41.)

*Ya vienen las gaviotas
a anidar en mi espalda*

.....
*Empollan unos buevos
de una locura helada* (pág. 42).

Dos caminos (1964)³, que le valió a su autora un accésit del premio Adonais de dicho año, supone un avance con respecto a los dos poemarios anteriores, tanto por el ahondamiento temático como por la audacia expresiva siempre dentro de un surrealismo controlado por la razón. Elena Andrés enriquece su lenguaje y su visión del mundo. En este libro se agudiza el irrealismo vibrante que caracteriza toda su poesía. A la poetisa castellana le desasosiega el milenario pasado que llevamos a las espaldas (espalda, milenario, ancestral, son términos de repetido uso en su poesía) y el misterioso futuro que nos sumirá en un fin que no comprendemos ni aceptamos. Poesía, pues, inmersa entre la nada de que hemos venido y la nada a la que vamos; poesía que debate el enigma del hombre, ser consciente pendiendo entre dos vértigos de vacío: el pasado y el futuro. Percibido el enigma del ser de esta manera, el poema es siempre escalofriante, alucinador, fantasmagórico, misterioso, complejo, sugerente:

*Entre unos subterráneos
con luces y con máquinas
estaba la locura
pulsando vagones.*

(*Dos caminos*, pág. 26.)

La poetisa se da cuenta del posible peligro de su particular aventura intelectual y poética:

*No debe uno tal vez
mirar hacia uno mismo,
mirarse fijamente
tanto tiempo, y con tanta*

³ *Dos caminos*. Ediciones Rialp, S. A.; Madrid, 1964.

*osadía hipnotizante;
surgen siempre dos seres
que se abrazan ya trágicos
el uno contra el otro.*

(*Dos caminos*, pág. 48.)

Elena Andrés no puede menos que asumir todo ese legado milenario de ser humano misteriosamente erguido sobre el planeta; ser humano en son de un mañana tan misterioso como el origen del que ha sido formado.

La visión existencial de la poetisa adquiere, a veces, una sorprendente expresividad:

*Y la mano del tiempo, hombrón de niebla
con su espumosa risa de sarcasmo.*

(*Dos caminos*, pág. 35.)

Las cosas, igual que en los poemarios anteriores, participan de la extrañeza de ser y de sentirse siendo, y aparecen alucinantes, fantasmales:

*Ese árbol...
está detrás de ti
con sus brazos erguidos,
con sus negras melenas
de locura expectante.*

(*Dos caminos*, pág. 45.)

El mundo que Elena Andrés crea en *Dos caminos* tiene una fuerza extraña. Es un mundo que a la par que atrae produce en el lector el desasosiego de sentir que se asiste a una visión que rebasa los cauces de la realidad para entrar en una dimensión en que las pautas no están marcadas y los contornos y perfiles se desvanecen. No obstante, en el libro se nota que aunque la poeta no descubre claves consoladoras, ha llegado, sin embargo, a percepciones clarividentes:

*Nosotros, esculturas
con una mueca inmóvil
en la arcilla que espera.*

(*Dos caminos*, pág. 70.)

La visión de la nada en este libro es escalofriante. Elena Andrés en *Dos caminos* lleva a un límite insostenible su indagación del misterio. Un equilibrio en la visión se hace ya, en los últimos poemas del libro,

necesario. Ese equilibrio salvador viene a producirse en *Desde aquí mis señales* (1971).

Desde aquí mis señales (1971), el último libro que ha publicado⁴ Elena Andrés, marca un paso adelante en su constante búsqueda de la esencialidad del ser humano, del misterio de la existencia. Esa búsqueda que empezará para la poesía de Elena Andrés con el ya lejano *El buscador* y que se continuará en dos libros posteriores ya comentados, continúa en el que ahora nos ocupa, pero con notables cambios respecto a los anteriores. No sabemos cómo derivará la poesía que Elena publique en el futuro, pero creemos entrever en *Desde aquí mis señales* el inicio de una nueva trayectoria en su devenir poético. Quizá este libro sea el comienzo de una etapa un tanto distinta por lo que respecta a la temática existencial de la poeta castellana. Este cambio se manifiesta desde el primer poema del libro en el cual la poetisa proclama su adhesión a la realidad circundante, a la realidad vivencial, sin más. La tarea de la poeta se hace solidaria con el hombre histórico con el que le toca compartir un mundo extraño, misterioso, insondable, pero real y viable. Elena Andrés se proclamará solidaria de ese ser humano que vive a su alrededor. Solidaria del dolor, de la angustia, de la injusticia, del aquí y el ahora. Su poesía adquiere, a mi entender, un matiz muy positivo al evitar la posibilidad de perderse en el propio laberinto interno e integrarse a un tiempo (el presente) y un espacio (su país) para desde ahí continuar su meditación intelectual y humana. Es por todo esto que su poesía adquiere tonalidades más humanas. Por otra parte, *Desde aquí mis señales* es la obra más madura y acabada de las que hasta ahora ha publicado Elena Andrés, tanto por la profundidad de la percepción poética como por la expresividad con que sabe trasladar su sentir al poema.

Este libro es el triunfo de un camino, el triunfo, si se quiere, de la vida, porque en él la poeta se aleja del peligro del abismo (la muerte, la locura, el laberinto interminable del ser, el vacío) y afirma la vida. El júbilo de simplemente ser y sentirse siendo que tanto se echa de menos en los poemarios anteriores aquí irrumpe con inusitada fuerza; con la sobria sensualidad (valga la paradoja) que tan bien sabe expresar esta poetisa castellana. El triunfo de la vida sobre el vacío está claramente aludido en el siguiente poema:

*Oprimí la mandíbula tensando
la mano viva, una caliente ola
de sangre roja derrotó a un abismo.*

(*Desde aquí mis señales*, pág. 13.)

⁴ *Desde aquí mis señales*. Colección Alamo, Salamanca, 1971.

Y esa sangre roja, esa vida, campea por las páginas del libro afirmando la realidad que se palpa, esa realidad extraña que desaparece en cuanto se la penetra en busca de la clave que explique el porqué del ser humano en el universo. Pero la realidad palpable de la que Elena Andrés partía, pero que inmediatamente rebasaba en la abstracción en sus libros anteriores, en el libro que comentamos permanece ineludible y hasta atractiva por su corporeidad, su vitalidad, su jubilosa afirmación de ser porque sí, sin más explicación. Repetidas veces en el libro y quizá por huir de las a veces escalofriantes abstracciones de los libros anteriores, la poetisa se deleita en su propia corporeidad y la corporeidad de los que la rodean:

*¡Qué encendida mañana!
Toco fuerte mi mano,
pequeña carne eléctrica que un día
volará como un rayo.*

(Desde aquí mis señales, pág. 21.)

Por supuesto que este canto voluntarioso de la realidad palpable no está exento del vacío. Detrás del cántico está el silencio y Elena no deja de percibirlo aún en los momentos de mayor euforia. El esfuerzo por afincarse en lo que se tiene—ese mundo real de todos los días que rodea a la poeta—es continuo, aunque la poetisa reconoce que no es fácil mantener su postura.

*Muchas veces me cuesta
poner dogma a mi sangre,
a mis nos palpitantes,
a mis sueños frondosos
cual fantástica planta
en el mar de la muerte.*

(Desde aquí mis señales, pág. 26.)

Las percepciones inquietantes que también existen en este libro están, sin embargo, compensadas por un deseo de retener lo reconfortantemente familiar y cotidiano:

*Arriba la cigüeña
sobre maciza torre.
Huele a mieses el aire.*

(Desde aquí mis señales, pág. 27.)

Pero, por supuesto, la materia (su propio cuerpo y el entorno humano, vegetal y animal) está en la poesía de Elena Andrés, siempre trascendida, alucinada y vibrante de misterio.

*Hombres y rocas y aguas vivas
en alucinación me rodeaban (pág. 29).*

Si se percibe el aquí y ahora, el ser humano en su limitación de vida real y se trata de afirmar con júbilo ese estar siendo, no se puede, por otra parte, dejar de percibir con igual o mayor intensidad la dimensión eterna del ser; no se puede dejar de intentar desentrañar el misterio del que venimos y al que vamos. *Desde aquí mis señales*, significativo título de la intención de su autora, da señales de este estar siendo, a la par que pide con angustiada sobriedad una señal reveladora que desentrañe el misterio del vacío, de la muerte, de la soledad cósmica del ser humano.

El mundo poético de Elena Andrés tiene el magnetismo de lo que está por crearse (del libro del Génesis) a la par que de lo que está en la fantasía del futuro, en la elucubración de ese mundo fantástico de eternos siglos por venir.

Y ahí radica en parte el inquietante escalofrío que su poesía a veces puede producir a un lector atento a la particular sensibilidad de esta poetisa. En el fondo, por supuesto, de toda esta anhelante búsqueda y estas alucinantes percepciones está el inevitable deseo, la imperiosa necesidad de saber si:

*¿Trasciende tu dolor y tu esperanza?
¿Trasciende tu dolor, hacia qué Limbo?*

(Desde aquí mis señales, pág. 33.)

Desde aquí mis señales es la declaración de un poeta que a través de la continuada labor de muchos años intenta desvelar y desvelarse a sí misma el misterio de la existencia. Y es también la labor de una poeta solidaria con el hombre en su dimensión temporal y en su proyección eterna. Ambos aspectos, que se evidencian en este libro, creo que enriquecen la poesía de Elena Andrés dándole un sesgo más humano, más directo y acercándonos más a la aventura intelectual y espiritual de la trayectoria poética de los tres primeros libros. Sin abandonar ni el intelectualismo ni la sobriedad expresiva, que son dos notas características de la poesía de Elena Andrés, en este libro logra la poetisa castellana una mayor resonancia comunicativa, al tratar la dimensión temporal del hombre. En ese tipo de poemas su verso adquiere un tono directo, sencillo, pero de gran eficacia:

*lo dijo el periodista,
otro más, un obrero,
se cayó de un andamio (pág. 53).*